

Dotti oral.

Un monje destilando licores

ESTEBAN MIZRAHI

(UNIVERSIDAD NACIONAL DE LA MATANZA - ARGENTINA)

Jorge Dotti ha dejado una vasta obra escrita que recoge lo central de su pensamiento filosófico puesto a trabajar sobre los textos de Hobbes, Locke, Rousseau, Kant, Hegel y Schmitt, aunque también de muchos otros autores a propósito de estos. También se ha ocupado de la peculiar recepción argentina de diversos pensadores y corrientes ideológicas, centrales en la historia moderna de Occidente. Sus libros y numerosos artículos así lo documentan y este será, seguramente, su aporte más perdurable. Con todo, hubo y hay otro Dotti, difícilmente accesible para aquellos que no lo conocieron en vida y que sólo se enfrentan con sus trabajos publicados. Se trata de un Dotti no escrito que, lejos de lo que esta expresión en principio pudiera insinuar, no entra en contradicción con el primero sino que lo complementa de una manera magistral. Detenerse en el Dotti oral es hacer justicia al profesor de filosofía, manera en que le gustaba pensarse y presentarse a sí mismo.

Por más de treinta años dictó sus teóricos de filosofía política en la UBA alternando entre dos programas: uno centrado en la filosofía política de Hegel y otro en el contractualismo moderno. El temario se repetía; sus clases no. Dotti era un profesor de filosofía que pensaba nuevamente los temas que explicaba mientras lo hacía. Su dispositivo de transmisión era al mismo tiempo un dispositivo de pensamiento. El recorrido conceptual de sus cursos le era bien conocido por transitado. Pero Dotti no lo emprendía de manera rutinaria sino con el entusiasmo propio de quien está dispuesto a asombrarse con lo nuevo que pudiera aparecer en el camino. Cada cuatrimestre encaraba sus teóricos provisto de una hoja de ruta. Sus clases progresaban a través de la lectura morosa de textos centrales de la filosofía política moderna. Iba leyendo y explicando el sentido de cada párrafo que leía. En rigor, se lo explicaba una vez más a sí mismo en



Pero Dotti sabía que un claustro también puede ser un bastión. Lejos de toda actitud escéptica o irónica –complacientes en el fondo con la condición contemporánea–, leer y enseñar a leer textos filosóficos fue el modo que encontró para mantener vivo el nervio de la crítica.

presencia de sus estudiantes. Pero volverse a explicar cada año los mismos textos implicaba de hecho una reinterpretación. Por eso, en cierto sentido, podría afirmarse que Dotti, como Pierre Menard, “dedicó sus escrúpulos y vigiliadas a repetir en un idioma ajeno un libro preexistente”. Y también que, tal como ocurría con Menard, su repetición era un acto de auténtica creación. Porque es inevitable la intromisión del pensamiento cuando se trata de interpretar críticamente un texto filosófico.

Dotti no buscaba en las obras consagradas respuestas mecánicas, ni mucho menos antojadizas, a problemas actuales. También despreciaba el congelamiento del pensar en la forma de academicismo. Rara vez men-

cionaba en sus cursos discusiones entre comentaristas. Tampoco hacía concesiones didácticas de ningún tipo. El pizarrón a sus espaldas era parte de un decorado que aceptaba con indiferencia. Su ejercicio docente se basaba en la confianza de que un mismo texto leído en otras coordenadas espacio-temporales, desde marcos culturales distintos y expectativas vitales diversas, se abre a nuevos sentidos antes ocultos. También en la convicción de que el arte de leer textos filosóficos sólo puede transmitirse en su ejercicio. Y Dotti ejecutaba su arte con un rigor y una seriedad admirables.

Con toda probabilidad consideraba que ésta era la única operación filosófica con sentido en el marco de lo que denominó “nuestro posmodernismo indigente”, es decir, en un mundo donde la filosofía queda relegada frente a “la conmutación horizontal de equivalentes a ritmo vertiginoso”. Si es cierto que, como afirmaba a menudo, *no hay política sin metafísica*, la abolición posmoderna de toda dimensión trascendente parece destinada a clausurar la posibilidad misma de hacer filosofía en un clima cultural que, o bien la banaliza en clave mediática, o bien la sepulta en los claustros. Pero Dotti sabía que un claustro también puede ser un bastión. Lejos de toda actitud escéptica o irónica –complacientes en

el fondo con la condición contemporánea—, leer y enseñar a leer textos filosóficos fue el modo que encontró para mantener vivo el nervio de la crítica.

Tal vez esté en lo cierto el narrador de Pierre Menard cuando afirma que “no hay ejercicio intelectual que no sea finalmente inútil”. Puede ser. Sin embargo, Menard jamás asoció *sentido* con *eficacia*. Tampoco Dotti lo hizo. Ser y enseñar a ser profesor de filosofía fue, en su caso, un gesto de resistencia frente a un clima de época despiadado con el pensamiento. Ejerció la docencia universitaria como una acción valiosa en sí misma, con independencia de sus efectos. Ese valor intrínseco de su práctica es lo que Dotti transmitía cuando leía, cuando releía, cuando explicaba y se explicaba por enésima vez un texto, cuando no se resignaba a dejar de pensar.



JORGE DOTTI,
in memoriam

